



Palabra Dominical

XII Domingo del tiempo ordinario

Antífona de entrada

Sal 27, 8-9

El Señor es la fuerza de su pueblo, defensa y salvación para su Ungido. Sálvanos, Señor, vela sobre nosotros y guíanos siempre.

Se dice Gloria.

Oración Colecta

Señor, concédenos vivir siempre en el amor y respeto a tu santo nombre, ya que jamás dejas de proteger a quienes estableces en el sólido fundamento de tu amor. Por nuestro Señor Jesucristo ...



Aquí se romperá la arrogancia de tus olas.

Del Libro De Job: 38, 1. 8-11

El Señor habló a Job desde la tormenta y le dijo: "Yo le puse límites al mar, cuando salía impetuoso del seno materno; yo hice de la niebla sus mantillas y de las nubes sus pañales; yo le impuse límites con puertas y cerrojos y le dije: 'Hasta aquí llegarás, no más allá. Aquí se romperá la arrogancia de tus olas'". **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

Salmo responsorial

Del Salmo 106

R. Demos gracias al Señor por sus bondades.

- ✓ Los que la mar surcaba con sus naves, por las aguas inmensas negociando, el poder del Señor y sus prodigios en medio del abismo contemplaron. **R.**
- ✓ Habló el Señor y un viento huracanado las olas encrespó; al cielo y al abismo eran lanzados, sobrecogidos de terror. **R.**
- ✓ Clamaron al Señor en tal apuro y él los libró de sus congojas. Cambió la tempestad en suave brisa y apaciguó las olas. **R.**
- ✓ Se alegraron al ver la mar tranquila y el Señor los llevó al puerto anhelado. Den gracias al Señor por los prodigios que su amor por el hombre ha realizado. **R.**

Ya todo es nuevo.

De la segunda carta del apóstol san Pablo a los corintios: 5,14-17

Hermanos: El amor de Cristo nos apremia, al pensar que si uno murió por todos, todos murieron. Cristo murió por todos para que los que viven ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.

Por eso nosotros ya no juzgamos a nadie con criterios humanos. Si alguna vez hemos juzgado a Cristo con tales criterios, ahora ya no lo hacemos. El que vive según Cristo es una criatura nueva; para él todo lo viejo ha pasado. Ya todo es nuevo. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**



Aclamación antes del Evangelio

Lc 7, 16

R. Aleluya, aleluya.

Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo. R.



¿Quién es éste, a quien hasta el viento y el mar obedecen?

Del santo Evangelio según san Marcos: 4, 35-41

Un día, al atardecer, Jesús dijo a sus discípulos: "Vamos a la otra orilla del lago". Entonces los discípulos despidieron a la gente y condujeron a Jesús en la misma barca en que estaba. Iban además otras barcas.

De pronto se desató un fuerte viento y las olas se estrellaban contra la barca y la iban llenando de agua. Jesús dormía en la popa, reclinado sobre un cojín. Lo despertaron y le dijeron: "Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?". Él se despertó, reprendió al viento y dijo al mar: "¡Cállate, enmudece!". Entonces el viento cesó y sobrevino una gran calma. Jesús les dijo: "¿Por qué tenían tanto miedo? ¿Aún no tienen fe?". Todos se quedaron espantados y se decían unos a otros: "¿Quién es éste, a quien hasta el viento y el mar obedecen?". **Palabra del Señor.**

Se dice Credo

Plegaria Universal.

Eleemos, hermanos, nuestros ojos al Señor y esperemos, confiados, su ayuda salvífica.

Después de cada petición diremos: **Padre, escúchanos**

- Por el santo Padre, el Papa Francisco, por nuestro obispo Fidencio, y por todos los sacerdotes y diáconos de la Iglesia. **Oremos.**
- Por los gobernantes de nuestro país, por los políticos, por los responsables de la economía, por todos los que tienen que velar por el bien común. **Oremos.**
- Por los papás, primeros responsables del bienestar físico y moral de quienes están a su cuidado. **Oremos.**
- Por las mujeres que son maltratadas en nuestro país y en el mundo. **Oremos.**
- Que todas las Madres que se encuentran embarazadas, pero con miedo, puedan con la ayuda de la Iglesia, encontrar la fuerza y el coraje que necesitan para dar luz a la vida. **Oremos.**
- Por los refugiados a causa de su fe o de su lucha por la justicia. **Oremos.**
- Por quienes hoy estamos reunidos en esta Eucaristía compartiendo el gozo de la fe. **Oremos.**

Escucha, Señor, nuestras oraciones y fortalece la fe del pueblo cristiano, para que en todo momento sepa reconocer y experimentar que tú estás cerca de nosotros y nos acompañas en el camino de la vida. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Oración sobre las Ofrendas

Recibe, Señor, este sacrificio de reconciliación y alabanza y concédenos que, purificados por su eficacia, podamos ofrecerte el entrañable afecto de nuestro corazón. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Antífona de la Comunión

Sal 144, 15

Los ojos de todos esperan en ti, Señor; y tú les das la comida a su tiempo.

Oración después de la Comunión.

Renovados, Señor, por el alimento del sagrado Cuerpo y la preciosa Sangre de tu Hijo, concédenos que lo que realizamos con asidua devoción, lo recibamos convertido en certeza de redención. Por Jesucristo, nuestro Señor

Reflexión



La liturgia de este domingo nos habla de las diferentes "tempestades" por las que podemos pasar a lo largo de nuestra vida y cuál debe de ser nuestra actitud cristiana ante esas situaciones.

La 1ª lectura del libro de Job es la respuesta de Dios a los reclamos, lamentos y preguntas que Job le hacía, motivado por sus desgracias, sus sufrimientos y las pérdidas que había sufrido en su familia, su salud, sus bienes. Dios da a entender a Job, y a todos nosotros, que no podemos luchar, discutir con Dios, ni reclamarle. Muchas veces a lo largo de la historia los creyentes han tenido la impresión de que el mundo se le ha escapado de las manos a Dios y ha caído bajo el poder del mal. Job, en su discusión contra Dios, expresaba ya esa visión pesimista del mundo. Dios le abre los ojos a Job para mostrarle y mostrarnos como Él está continuamente luchando contra el mal. El mal a pesar de todo el daño que nos hace y que hace a este mundo tiene establecidos unos límites, no tiene la última palabra. Los lamentos de tantos cristianos ante la situación del mundo y de la Iglesia son fruto de la falta de fe. La fe significa apoyarse sobre el fundamento sólido de Dios. Cuando no



hay una fe sólida, somos capaces hasta de juzgar a Dios. Lo que tenemos que hacer es confiar en Dios y así estaremos serenos en las tempestades, alegres en los sufrimientos y llenos en las carencias.

La 2ª lectura de san Pablo a los Corintios nos exhorta a no valorar a nadie por criterios humanos. En nuestra sociedad valoramos a las personas por lo que tienen, o por sus ideas políticas, o por su religión. Toda persona tiene el mismo valor, un valor sagrado, el máximo. No es que unas personas valgan menos que otras o que unas vidas tengan más valor que otras. No, para Dios todos somos sus hijos igualmente queridos y amados. Esto habría que explicárselo bien a los que organizan las guerras, a los que desprecian a otros porque son extranjeros o porque no son de su misma tierra, o de su misma raza o religión, o de ideas políticas diferentes, a los que abusan de los demás porque se creen superiores. Esas actitudes son intolerables en un cristiano y Dios nos pedirá responsabilidades de cómo hemos valorado y tratado a sus hijos, nuestros hermanos.



En el Evangelio de san Marcos Jesús reprende a sus discípulos por su falta de fe al dejarse llevar por el miedo.

Jesús también nos reprende hoy a nosotros y nos invita a pensar en nuestros miedos y cobardías y en sus consecuencias por nuestra falta de fe. Nos invita el Señor a pensar en nuestras cobardías ante la presencia del mal tanto en nuestra vida como en la sociedad. El enemigo principal de

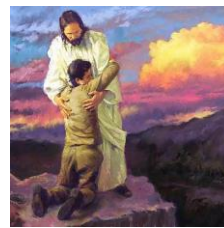


nuestra fe es el miedo. El miedo paraliza la capacidad de pensar y de actuar. El miedo nos quita la posibilidad de decir lo que pensamos; nos condena al silencio. El miedo

hace que nos hagamos fuertes con los débiles y débiles ante los fuertes. Cuando actuamos así, no podemos decir que sea Jesús quien conduce nuestra vida, al contrario, nuestra vida se convierte en un juguete de múltiples intereses. El miedo nos aparta de nuestro deber de hacer justicia, nos hace apropiarnos de lo que no nos pertenece, a callarnos ante las injusticias y ante los injustos, a no cumplir con nuestras obligaciones legales, a apoyar con nuestro voto a candidatos

que sabemos que no van a trabajar por buscar soluciones de paz y justicia, sino que van a trabajar para ellos mismos.

El miedo nos impide cumplir lo que el Señor nos pide. Jesús nos dice que no nos podemos dejar dominar por el miedo, que hemos de controlarlo. Ante la realidad del mal, del dolor,



de la injusticia, de la violencia, la respuesta humana ha de ser responder haciendo lo posible por suprimirlo o al menos disminuirlo. Hemos de empezar por perder el miedo a decir “no sabemos, no entendemos, no lo tenemos claro” ... porque sabemos

que contamos con la ayuda del Señor. Nuestra fuerza es la fe y la esperanza en el Dios que nos ama y nos sostiene. Solo así con amor y esperanza es posible seguir en la barca, luchando contra la tempestad, contra los males, aunque no los comprendamos, sabiendo que Jesús está con nosotros.

Te puede interesar...

¿Debo dedicar más tiempo para rezar o para hacer apostolado? 3 puntos para aclarar el dilema

¿Rezar más o hacer apostolado? Tranquilo... no eres el único que se ha hecho esta pregunta. Mi reflexión de hoy es para los que descubrimos en nuestra vida un llamado claro al anuncio del Evangelio.

Para todos aquellos que sentimos en las venas ese mandato del Señor a anunciar la Buena Nueva a todos los Pueblos, en todos los rincones de la tierra. ¿Cómo no querer compartir con todos el tesoro invaluable que llevamos como vasos de barro?, ¿les ha sucedido que a veces se sienten «entre la espada y la pared», con el tiempo que debemos dedicar a la oración y el que debemos dedicarle a nuestras responsabilidades apostólicas?

Esos días en que estás tan ocupado y contra el reloj con algún encargo pastoral, que se te hace muy difícil tener ese espacio de oración, que sabemos que lo necesitamos. Ese «tira y jala» que por un lado, nos lleva al encuentro íntimo con el Señor, pero, por el otro, nos quiere remitir a salir al encuentro de los demás, aparece —sin que lo queramos— como una contradicción.

Lo comparto así, pues muchas veces es una experiencia que tengo, y es algo que vengo meditando, rezando y conversando con mi director espiritual. ¿Cómo conciliar de forma armónica esas dos fuerzas que te llevan o sacan de tu interior? Si recurrimos un poco a los términos de física, que estudiamos en el colegio, hay una fuerza centrífuga y otra centrípeta.

En vez de oponer, unificar. Pienso que, en vez oponer o dividir, debemos buscar el punto donde se unen ambas necesidades o responsabilidades como buenos cristianos. Finalmente, el Señor nos pide que lo busquemos, que tengamos una relación de amor con Él. Y a la vez, que lo anunciemos a todos los hombres, que todos lo conozcan.

Por lo tanto, no pueden ser «dos fuerzas» que se opongan. La clave está en la comprensión que tenemos del «por qué» hacemos una u otra responsabilidad. Deseo compartir algunas conclusiones que tengo sobre esto, con el anhelo de que les sirva para su propia vida como cristianos comprometidos, y porque no, para nuestra propia santidad.

Tengamos en cuenta una cosa. Antes de mencionar tres ideas que pueden brindarnos luces importantes e interesantes para comprender esta aparente contradicción, y estar más en paz conmigo mismo, sin sentirnos culpables por no rezar lo suficiente o creer que no le dedicamos el tiempo necesario para hablar de Dios, pensemos lo siguiente:

La oración o el apostolado no son un fin en sí mismos. ¿Qué quiero decir con esto? La práctica continua de ejercicios espirituales son un medio para que pueda tener un encuentro personal con Dios. Por otro lado, todas las actividades que hago apostólicamente sean charlas, talleres, retiros y muchas otras posibilidades, no tienen sentido si es que no llevan a las personas —así como con la oración— al encuentro con Dios. Si esto ocurre —así es mi experiencia— yo también, a través de esa actividad apostólica, me encuentro con Dios.

Hablemos del encuentro con Cristo. Esta es la primera reflexión que me gustaría compartir. Hagamos un breve examen de conciencia, y preguntémosnos ¿qué busco en la oración o en el apostolado? ¿Estoy simplemente cumpliendo unos requisitos para ser un «cristiano perfecto», o un «cumplidor de la ley», al estilo farisaico? O ¿mi preocupación es, en verdad, mantener una relación con Cristo, y un esfuerzo para que otros también puedan vivir ese encuentro?



La diferencia de ambas posturas es muy clara. En la práctica podría parecer que estamos haciendo lo mismo. Las demás personas, que nos miran, pueden incluso decirnos qué tal ejemplo de cristianos somos... pero la intención de fondo, que anima ambas actitudes, son muy distinta. Por un lado, hay una preocupación —me atrevería a decir— vanidosa y con cierta soberbia espiritual, mientras que la otra postura —respectivamente— nos mueve a una actitud humilde. De quiénes se perciben necesitados de la gracia y vida del Señor, y entienden el apostolado como un llamado, desde el bautismo, a colaborar en la obra y misión de la Iglesia, y no como un triunfo o mérito personal. No olvidemos que somos simples siervos, indignos e infieles. Que no podemos hacer nada para ganarnos, por nuestros propios méritos, todo lo que Dios nos ha dado. Cumplimos lo que debemos cumplir, y punto. ¡Nada más!

No soy negativo, soy realista. A veces creemos que por ser cumplidores de la ley, merecemos ser reconocidos, no solo ante los demás, sino ante Dios mismo. Siempre seremos pecadores, y por más buenas obras que hagamos, el único mérito que nos concede santidad y felicidad es el amor de Cristo, que se entregó por nosotros en la cruz. Reconozco todas las obras buenas que podamos hacer, y eso nos debe alegrar... por supuesto. Pero si nos empieza a llevar hacia la vanidad, y olvidar nuestra condición de pecadores, entonces algo no «huele bien». A eso me refiero.

Evidentemente, nos toca ser fieles y obedecerlo al Señor si realmente lo amamos. «A Dios rogando y con el mazo dando», nos recuerda un dicho muy popular. No nos olvidemos que, en esta vida, todo es vanidad de vanidades. Y tanto nosotros, como las personas a quienes ayudamos apostólicamente, necesitamos ese encuentro amoroso con Cristo.

Estamos llamados al amor. Romano Guardini, un gran teólogo, decía en su libro «La esencia del cristianismo», que lo esencial de la vida cristiana es la relación personal de amor con Cristo. Todo lo demás, desde el cumplimiento de los Mandamientos, hasta la vivencia de la solidaridad, son por supuesto, importantísimos.

Pero no tienen sentido si no brotan desde ese encuentro personal con Cristo. De ahí se nutre nuestro corazón, y puede crecer el amor de Dios en nuestro interior. Por lo tanto, aplicando esta vocación cristiana, tan claramente descrita, sea en mi vida de oración personal, sea a la hora de ejercer la evangelización, la pastoral o el apostolado, debe ser ocasión para vivir el amor. Es el llamado que tenemos todos como personas, creados a imagen de Dios. Así como cada Persona de la Santísima Trinidad, nosotros también, estamos constituidos para vivir el amor. Persona es, precisamente, un ser para el encuentro. Para la relación, la comunicación. Si vemos nuestra vida cristiana de esa manera, entonces no hay razón para oponer o polarizar la relación con Dios y los demás. Acordémonos de lo que nos dice san Juan, en su primera carta. Cómo el amor a Dios, se ve reflejado en el amor a los demás. Miente el que dice que ama a Dios, pero no ama a los demás. Así que —creo yo— la pregunta más bien no es si debo rezar más o hacer más apostolado, sino cómo organizo mi vida, cómo priorizo —por supuesto— mis momentos de encuentro personal con Dios. Valiéndonos siempre del sentido común, puesto que algunas veces sin lugar a duda, nos tocará dedicar todo el día al apostolado, y probablemente, no tendremos ese rato de oración que deseamos. Pero no debería ser motivo de recriminación, sino de una constatación, desde nuestra libertad como hijos de Dios, que «ese día» determinado, fue necesario dedicarle más tiempo al amor al prójimo. Vale la pena decir que en mi experiencia personal, cuando tu labor apostólica brota de tu encuentro con el Señor, y tiene como objetivo ayudar a que los demás se encuentren con Él, y no es una búsqueda personal de aprobación vanidosa, naturalmente, se da un encuentro con el Señor.



¡Cuántas veces he derramado lágrimas, en esos minutos maravillosos, en los que me descubro un instrumento de Dios, ayudando a que otras personas se acerquen más al Señor!

Nuestro horizonte es dar gloria a Dios. No siempre, pero muchas veces, antes de empezar alguna actividad apostólica, me acuerdo de un lema ignaciano que decía: «Para mayor gloria de Dios, y salvación de los hombres».



En realidad, es una afirmación básica de doctrina cristiana. Todo lo que hacemos es para la gloria de Dios. Toda nuestra vida es para la gloria de Dios.

San Ireneo decía que, el hombre es la gloria de Dios. Y la gloria del hombre es ese rendir culto agradable a Dios. De modo que, sea lo que sea, hagamos lo que hagamos, siempre debemos dar gloria a Dios.

Dicho esto, me parece claro que tanto en mi vida de oración como en el apostolado, estoy llamado a glorificar

a Dios.

Dejemos a un lado el conflicto o la contradicción

¿Para qué generar un conflicto de intereses o aparente contradicción? Más bien, entendamos que —con madurez y sensatez— debemos encontrar el sano equilibrio para estar a solas con el Señor.

O preocupados por llevar a otros a ese encuentro con Dios. Mi experiencia es que cuánto más te dedicas a la labor evangelizadora, más experimentas la necesidad de esa relación y encuentro con Dios amor. Y lo mismo, al revés.

Les exhorto pues, a que no caigamos en falaces oposiciones o polarizaciones, que solo generan insatisfacción y descontento.

Comprendamos el camino cristiano del encuentro con Cristo, que se traduce en una vida que sobrea abunda de amor y busca ser un acto constante de gloria a Dios.

Quisiera terminar con un lema que creo yo, puede ayudarnos a descubrir ese equilibrio: «Oración para la vida y el apostolado, vida y apostolado hechos oración».

